

MANUEL ARROYO-STEPHENS

MEXICANA

BARCELONA 2021



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2021 by Herederas de José Manuel Federico Arroyo-Stephens
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-18370-20-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 3514-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Siempre salgo de casa

7

La gente comenzó a llegar al velatorio

33

Era de noche ese día

51

Delante de mi casa

59

Han pasado pocas horas

103

A Carlos Monsiváis,
in memoriam.

A Carlos González Manterola.

SIEMPRE SALGO DE CASA

Siempre salgo de casa con un tomo de Valle-Inclán bajo el brazo, por si me hace esperar algún pendejo. Fue lo primero que dijo Castañeda cuando se sentó, luego de alargar un brazo rígido por encima de la mesa, para estrechar mi mano mientras me miraba con ojos penetrantes, intensos y negros, sin presentarme a la mujer que lo acompañaba. Yo había llegado puntual a la cita, pero llevaban esperando un rato. Lo pensé al ver las copas vacías en la mesa y sus caras de aburridos. Castañeda apoyó en el borde de la mesa el tomo de Valle que llevaba recostado contra el pecho, como si fuese a darle de mamar, una edición de los años cincuenta encuadernada en piel roja, con dorados y arabescos, se volteó y llamó al camarero. ¡Joven!, atiende al señor, por favor, gritó sin dejar de mirarme a los ojos. Había tres camareros delante de una pared cubierta de buganvillas que colgaban de los cuatro muros del patio. Platicaban en voz baja y con aire distraído sobre algo que no parecía serles de gran interés. Uno de ellos se despegó del grupo y se acercó sin prisa a nuestra mesa. Le pedí un café, murmuró un «cómo no, señor», y se fue hacia el interior del local caminando sin prisa.

La acompañante de Castañeda tenía la piel de color ceniza y una sola ceja, espesa en el centro y afilada en las puntas. Erguida y callada en su silla, peinaba una trenza recogida en forma de moño, vestía traje de tehuana y me miraba muy seria. Era una copia viva de Frida Kahlo. Castañeda llevaba un blusón de mezclilla gris oscuro, el pelo cortado al rape y la barba crecida. Tenía mirada de loco, intensa y

fija, de ojos negros. Entre las piernas sostenía un bastón de ébano con empuñadura de plata y en el dedo corazón de la mano derecha lucía un camafeo con una calavera enorme, también de plata. Me había citado en ese café el día anterior para que le entregara unos libros que un amigo común en Madrid me había pedido que le diera en persona. Es un buen pintor, me dijo mi amigo; un poco atrabiliario, pero muy divertido. Tienes que tener cuidado con él si no le caes bien, añadió; en ese caso lo mejor es que te vayas de la cita cuanto antes y no lo vuelvas a ver. Castañeda se puso a mirar los libros con atención, pasando las páginas muy despacio. Al cabo de un rato levantó la cabeza y me miró, esbozando una sonrisa. Muchas gracias, dijo sin quitarme los ojos de encima, con una sonrisa forzada y una mirada que en las novelas llaman penetrante. No creo que él supiera mirar de otra manera. Incliné la cabeza en señal de reconocimiento y por un instante le sostuve la mirada. Lo aman-san los libros, pensé.

Tres días antes había viajado al DF para asistir a una feria del libro en el palacio de Minería. Las calles, los edificios y el color de la gente, el olor dulzón a papaya y mango que se percibía en cuanto entrabas en un local me resultaban fascinantes. En realidad, no sabía si me gustaban o no; me mareaban un poco y me atraían al mismo tiempo. Como todo en México. Tenía una habitación en la última planta del hotel Montejo, en el paseo de la Reforma, un hotel que decían daba suerte a los españoles. En la terraza del último piso había un restaurante famoso por sus margaritas. En mi cuarto de baño corrían numerosas y enormes cucarachas de patas largas y color castaño claro, relucientes como si les hubieran dado una mano de barniz. Después de encender la luz esperaba a que desaparecieran a todo correr debajo de la cama, por las rendijas de los bordes de

la pared, por las ranuras de la ducha y de la taza. Lo hacían como si las hubiesen sorprendido cometiendo una travesura, no precisamente por primera vez. Acostumbradas a las interrupciones de los clientes, tampoco parecía entre ellas cundir el pánico, y a la tercera o cuarta vez que las espanté con sólo mi presencia tuve la sensación de que estaban jugando conmigo. No me pareció nunca, no sé si por la habilidad y rapidez con que desaparecían, o por la buena disposición en la que me ponían las margaritas, que mis compañeras de cuarto tuvieran malas intenciones, mucho menos que fueran peligrosas. Mientras tomaba mis margaritas en la terraza pensaba en ellas. Al tercer o cuarto trago concluía que eran parte del encanto del hotel. Se me antojaba que tenían un aire prehispánico, aunque se movían con una premura que no vi nunca en México. Tal vez antes de la colonia constituían un plato exquisito, como los famosos chapulines que todavía no había conseguido probar. A partir del cuarto día de estancia en el Montejo las habría echado de menos si no me estuvieran esperando detrás de la puerta. De hecho, había empezado a jugar con ellas, encendiendo y apagando la luz desde el quicio de la puerta, mirándolas correr mientras les hablaba como si fuesen ya viejas compañeras de habitación.

Desde el taxi que me llevaba a la cita con Castañeda vi un cartel inmenso en la fachada de un edificio que anunciaba Modelo, «la cerveza de barril embotellada». Pregunté al taxista, que manejaba con un aire al mismo tiempo concentrado y ausente, cómo podía ser eso, que fuese una cerveza a la vez de barril y embotellada. Pues es lo mismo, mi estimado, me dijo con el tono cansado del que tiene que explicar muchas veces las mismas cosas; es lo mismo, señor, sólo que es distinto, añadió. México es el país donde todo es lo mismo, sólo que es distinto, me quedé pensando. Nos

estábamos acercando a nuestro destino, en la avenida Revolución, cuando delante de nosotros un coche atropelló a un peatón, que quedó tendido en la calzada. Los coches lo esquivaban como podían. ¿No para?, le grité al taxista. No hay caso, mi estimado, contestó con el mismo tono imperturbable de antes. Lo que necesita ese cuate es una ambulancia, señor, añadió, como quien constata algo evidente. Miré por la ventanilla trasera y allí seguía el cuate boca abajo, los coches evitándolo sin frenar ni detenerse, como si fuera un obstáculo en una feria de coches de choque.

Te he traído también este regalo personal, le dije a Castañeda, alargándole por encima de la mesa un libro que llevaba en el bolsillo. Lo agarró con ansiedad y se puso a mirarlo desde muy cerca, como si temiese que alguien se lo fuera a quitar de las manos. Al rato me clavó de nuevo su mirada y exclamó en tono airado, como si me estuviese acusando de algo: ¡Joaquín Vidal! ¡Es el mejor escritor de España! Yo colecciono sus críticas de *El País*, algunas las sé de memoria. Como el niño que ha ensayado para una función, miró hacia el techo y recitó: El cielo es negro, la arena es negra, negros son los toros que salen de los corrales y los paraguas que abren los espectadores que llenan los tendidos cuando caen las primeras gotas. Se volteó hacia mí y aclaró: Es la crónica de una corrida en Bilbao. Conozco esa plaza muy bien, le dije, he visto allí muchas corridas. Como si no me hubiese oído, siguió: ¿Tú conoces a Joaquín Vidal? Claro que sí, es amigo, por eso lo edité. Y me parece muy bueno este libro, añadí. Mis palabras sonaban como si tuviera que disculparme por haberlo publicado. ¡Pues cuando vaya a España me lo tienes que presentar!, volvió a gritar Castañeda. No pensó en darme la opción de que se me ocurriese a mí la idea de presentárselo. Joaquín estará encantado de conocerte, le dije con la

intención de tranquilizarlo un poco. ¡Yo soy compadre de Manolo Martínez!, tronó de nuevo, desafiante. Yo no sabía quién era Manolo Martínez. Enhorabuena, murmuré. ¡Es el torero más grande que ha dado México desde Procuna!, me aclaró por si yo lo dudaba. Nunca se me hubiese ocurrido dudarlo. ¿Tú sabes cuál es la diferencia entre un toro español y uno mexicano?, me preguntó, o más bien se preguntó a sí mismo. No he visto toros en México, contesté disculpándome. A un toro mexicano hay que llamarlo cinco veces para que se arranque una, me explicó. A un toro español lo llamas una vez y se arranca cinco veces, concluyó. Se quedó mirándome fijamente a los ojos para calibrar si le había entendido. Es una gran diferencia, le confirmé. ¡Si no entiendes eso no vas a entender nada de los toros en México!, añadió. Era fuera de temporada y en todo caso no se me había ocurrido ir a una corrida. No me atreví a decirle que en realidad me interesaba mucho la literatura taurina, pero casi nunca había tenido la curiosidad de ir a una plaza de toros. ¿Y tú has toreado alguna vez?, pregunté por seguir con el tema del que aparentaba saber tanto. ¿Tú te crees que yo estoy loco?, dijo soltando una carcajada. Cómo voy a pensar yo eso, le dije. El toro es un problema con muchos cuernos, continuó, de pronto pensativo. Incluso cuando lo pintas es un problema con muchos cuernos. Sólo el cabrón de Picasso podía con todo. Volvió a mirar el libro que seguía en sus manos y leyó en voz alta el título: «El toreo es grandeza». ¿Pero esto qué es, una novela? Es una tauromaquia novelada, le dije. La historia de un chico que quiere ser torero y su apoderado le repite todo el tiempo ese latiguillo, que el toreo es grandeza. Es una buena idea, continuó sin dejar de hojear las páginas del libro. Y de pronto gritó: ¡Vámonos a otra cantina! ¡Llama al mesero y paga la cuenta!, ordenó con cara

de furia a la mujer, que no había pronunciado palabra ni hecho un gesto desde que yo había llegado.

Zigzagueando entre coches que nos regalaban insultos y bocinazos, cruzamos Revolución y entramos en La Providencia. No permitían la entrada de mujeres en las cantinas, pero en La Providencia había una estrecha escalera muy discreta, justo detrás de la puerta de entrada. Ascendía a un tapanco en la primera planta, oculto a los parroquianos, que muy concentrados en su partida de dominó bebían sin levantar la mirada de sus fichas. A las mujeres que subían por esa escalera se les exigía discreción y que no salieran del tapanco, prohibición innecesaria porque los servicios de damas no existían. Los hombres meaban contra una pared del fondo del local, cubierta de latón o algo parecido hasta la altura de la cintura. Un canalillo en el suelo, ligeramente inclinado, desaguaba con celeridad en un agujero al lado de la puerta. La cantidad de cerveza y tequila que se consumía provocaba una corriente ininterrumpida y bulluciosa. No proporcionaba el rudimentario sistema mingitorio intimidación alguna y los parroquianos miraban distraídamente al techo mientras se aliviaban. Algunos se balanceaban ligeramente con los ojos cerrados y parecía que iban a caerse en cualquier momento. Mientras meaba rezaba uno para que no fuera hacia su lado.

Los parroquianos hablaban en voz baja y al tapanco apenas llegaba el rumor monocorde y lejano de las voces, entremezclado con el choque de las fichas en el mármol de las mesas. Nada más acomodarnos apareció un camarero y Castañeda, sin preguntarme a mí ni a su silenciosa acompañante, pidió tres tequilas. ¿Cuánto hace que llegaste a México?, preguntó cuando el camarero desapareció escaleras abajo. Hablar de libros y de toros, quizá el cambio de local, habían dulcificado su tono. Cinco días, le dije. De mo-

mento me voy a quedar una semana más, luego veremos. Tengo un billete que puedo cambiar. Pues te voy a decir una cosa, para que vayas aprendiendo, dijo muy serio Castañeda. Puso el aire inconfundible del que va a soltar quieras que no un buen consejo. Para soportar este país tienes que estar siempre borracho. Completamente borracho, insistió: En otro caso lo mejor es que te marches cuanto antes, remató. Nos sirvieron los tequilas y tomando entre los dedos su caballito lo alzó y brindó: ¡Dios nos hizo muy borrachos, hágase su voluntad! Así sea, respondí. Y para que viese que le había comprendido, lo apuré de un trago. Tuve la impresión de que se había puesto contento. Su acompañante seguía mirándonos sin pronunciar palabra mientras se llevaba el vaso a los labios, apenas mojándolos.

Castañeda me contó que sólo leía a Valle, a Ramón y a Nietzsche; e insistió en que los demás le salían sobrando. Cervantes tampoco está mal, me atreví a insinuar. Como si hubiese tocado una de sus fibras sensibles, explotó de nuevo. ¡Yo soy el barón de Beltenebros! ¡Mi verdadero nombre es Orbaneja, pintor de Úbeda! Sacó de uno de los bolsillos de su blusón un cuaderno de dibujos y lo abrió para que lo comprobase con mis propios ojos. Efectivamente, en todas las páginas, con un caucho rojo, en caracteres gruesos, había estampado: «Esto es Gallo». Es la leyenda que el personaje de Cervantes escribía en sus cuadros para que nadie confundiese sus gallos con una perdiz o un conejo. Yo estaba hojeando admirado las páginas del cuaderno cuando habló Lara. Así se llamaba el sonambúlico ser que no había hablado en toda la velada. Los españoles no escuchan, ¿verdad?, dijo con una voz cremosa, que no merecía una respuesta que la contradijera. La pregunta me pareció que no venía a cuento en ese momento. Me sorprendió además porque yo no había hecho otra cosa que escuchar

al Barón toda la tarde. No escuchan mucho, la verdad, reconocí. Aunque algunos sí, me atreví a añadir al cabo de un momento, tímidamente. Ella volvió a quedarse callada. Su mirada de ojos negros y pestañas largas lo recorría todo como buscando algo, sin detenerse en nada, pensando distraídamente sabe dios qué cosas.

Como caído del cielo, apareció un trío en el tapanco. Habían subido las escaleras sin ser notados, caminando sin prisa y sin ruido, como suele hacerlo la gente de México. Empezaron a cantar boleros y Beltenebros se quedó inmediatamente dormido. Lara aprovechó finalmente la ocasión para hablar. El año pasado estuvimos en España y lo pasamos padrísimo, me dijo. Tiene cosas muy bonitas, España, asentí. Estuvimos en Sevilla y en Granada, también en Ronda, siguió. Me contó que al Barón lo que más le había gustado había sido el hospital de la Caridad y las pinturas de Valdés Leal, llenas de calaveras y de esqueletos que mostraban leyendas tétricas y posturas muy chistosas, como si estuvieran vivos. Lara hablaba muy dulce. Me llamaba la atención que sus labios apenas se movían, se entreabrían unos milímetros y por esa rendija salía el sonido sibilante y límpido, una entonación inconfundiblemente mexicana. Seguía contándome de su viaje cuando, sin abrir los ojos, como si estuviese soñando, exclamó Beltenebros: ¡A rajatabla! ¡Es la hostia! ¡Tiene cojones! Lara ni se inmutó. A mí me encanta cómo hablan los españoles, continuó como siguiendo el hilo de lo que acababa de gritar el Barón mientras dormitaba. En México hablamos quedito y en España muy golpeado. Allí ustedes se desahogan gritando y aquí lo hacemos soltando plomazos, añadió mientras se llevaba despacio su caballito a los labios, otra vez sólo para mojarlos. En México hasta la mentira es mentira, a eso también tienes que hacerte si quieres entender este país, continuó

Lara, que parecía no haber oído la interrupción del Barón. Mis padres son rumanos, me dijo. Llevan viviendo en México más de treinta años y todavía no se han acostumbrado a las maneras de aquí.

Se fue el trío con el mismo sigilo con que había aparecido y Lara continuó hablando como si estuviera sola. Ya has visto a los del trío, si no saben una canción nunca lo van a reconocer, sencillamente dicen que no la traen, como si la hubiesen olvidado en casa. Y si preguntas a alguien por una calle, te va a dar todo tipo de explicaciones, te mandará por cualquier sitio, pero nadie te va a decir que no se la sabe. El otro día yo tuve que preguntar por una calle y me contestaron que si no me importaba si me daban otra, que por la que preguntaba no estaban ciertos. Así es aquí todo. Por seguir con las preguntas, le pregunté que por qué le habían puesto ese nombre tan bonito, Lara. Había nacido el año en que se publicó la novela de Pasternak, al que sus padres leían en ruso. Ella había llegado a México cuando tenía seis años. En ese instante se despertó Beltenebros y volvió a preguntarme si era cierto que yo conocía a Joaquín Vidal. Le dije que sí, que claro que sí, y volvió a cerrar los ojos. Más que a Beltenebros, dije a Lara, me recuerda tu marido a Orlando Furioso. Siempre está fúrico, contestó con una sonrisa. Y no estamos casados, nos conocimos nomás el año pasado. ¡Ni yo tengo nada que ver con Orlando ni a mí me ha puesto los cuernos ningún pinche Medoro, ni Lara tiene nada que ver con Angélica!, volvió a tronar el Barón, que no estaba tan dormido como yo creía. Soltó una carcajada y se sirvió con mi ayuda otro tequila. La botella se estaba acabando. No había soltado en ningún momento las obras de Valle, las llevaba abrazadas como un niño su osito. Animado después del trago de tequila, como si hubiese sido un reconstituyente, exclamó, en el mismo tono fúrico que

le era por lo visto habitual: ¡España es el país de las siete y media! ¡O no llegan o se pasan! Se quedó como satisfecho y pidió a Lara, que había vuelto a su aire distante y sonámbulo, un paliacate. Se lo pasó el Barón por la frente y los labios lenta, concienzudamente, como si se los estuviese secando luego de haberlos fregado. Entonces gruñó y volvió a quedarse dormido.

Lara me contó que el Barón era hijo de un inmigrante andaluz y había pasado su juventud entre exiliados españoles. Se había casado dos veces y tenía cinco hijos, algunos mayores que Lara. Con ella no pensaba tener hijos. Me alegré por ella. Parecía la típica joven fascinada por un viejo loco, ese tipo de locos con tiempo para interesar a las mujeres. Además de mujeriego, Castañeda, Orbaneja, Beltenebros, o como quisiera llamarse el Barón, me estaba pareciendo un ejemplo del daño que pueden causar ciertas lecturas en personas ya de por sí poco cuerdas o con una natural inclinación por lo estrambótico. A estas alturas de su vida, cercano a los setenta, el daño no tenía remedio. Si daño podía llamarse a haberse convertido en personaje de autores que le apasionaban y a los que seguía leyendo obsesivamente. Volvió a despertarse y en un tono colérico se dirigió a mí. ¡Te quiero hacer un retrato! ¡Yo soy el mejor retratista de México! Me miró por si tenía algo que objetar. ¡Sólo hago retratos a mujeres encueradas, pero contigo voy a hacer una excepción! ¡A cambio quiero que me presentes a Joaquín Vidal! El trato está hecho, prometí. Podía pintarme encuerado a mí también, si pensaba que así le iba a salir mejor el retrato, le propuse. Ignoró mi propuesta y amenazó: ¡Si no cumples el trato, me voy a poner fúrico y te voy a dar un chingadazo! Soltó una carcajada y regresó ya a sus sueños o sus cavilaciones.

Lara volvió al relato de lo bien que se lo habían pasado en España y aseguró que pensaban volver en cuanto junta-

sen lana suficiente. Lo malo era que le costaba entender a los españoles porque se comían la mitad de las sílabas. Su sitio favorito era una tasca en la calle Santa Teresa de Madrid que se llamaba El Nueve. La regentaba Pilo, un asturiano muy buena persona que en su juventud había sido afilador y luego sereno en un barrio de Madrid. Comían allí todos los días porque se habían hecho amigos. La primera vez que llegaron a la taberna no tenían con qué pagar y se lo confesaron a Pilo nada más entrar en el local. Estaba en la barra charlando con unos parroquianos, esperando a los primeros comensales. Aunque no los conocía, dijo que no había problema, que ya pagarían otro día, cuando pudieran. A partir de entonces El Nueve se convirtió en su segunda casa en Madrid. La pareja se sentía a gusto en tabernas y cantinas. La Providencia cerraba a las ocho de la tarde, justo cuando se nos acabó la botella de Don Julio que había seguido a los primeros tequilas. El Barón llevaba un rato completamente dormido y le costó despertar, más aún levantarse. Bajamos a tuestas las escaleras y en cuanto salimos a la calle me metí a toda prisa en un taxi que pasaba y los dejé sin piedad en medio del tráfico de Revolución. No sé si pensaban buscar otra cantina o retirarse a su casa, que no les quedaba lejos según me habían dicho.

A las diez de la mañana me llamaron desde recepción. El tequila y el cambio de horario se mezclaban para darme la sensación de no lograr dormir del todo en ningún momento. Además, no había bebido nunca tanto ni tan seguido. Si emborracharme era el primer requisito para entender México, iba por buen camino. Metí la cabeza entre las almohadas y recordé las cucarachas. No me sentía con fuerzas para encender la luz y verlas hacer carreras tan temprano. Al rato volvieron a llamar por teléfono para decirme que había un señor que insistía en verme. Me incorporé como

pude y me arrastré hasta el baño. Abrí la puerta y esperé unos instantes apoyado en el quicio, con los ojos cerrados, antes de encender la luz. En unos minutos el campo quedó despejado. Arrodillado en el borde de la bañera, abrí la manguera de la ducha y dejé que el agua fría, que no estaba tan fría, me corriese por el cogote y la cara.

¡Recoge tus cosas!, ordenó el Barón nada más verme salir del ascensor. Lara te ha preparado el departamento y nosotros nos bajamos a dormir al estudio, ya todo está arreglado. Aunque comprendí que era inútil resistirse, le dije que tenía el hotel pagado tres días más. ¡A las cuatro nos espera Caramuel!, insistió Beltenebros. Lara me observaba con una sonrisa. Sabía que no tenía caso resistirse a la invitación. ¡Ya vámonos, no seas pendejo, con nosotros vas a estar mucho mejor que en este pinche hotel!, insistió el Barón. Conseguí veinte minutos para ducharme y hacer la maleta. Me despedí de las cucarachas, deseándoles suerte con el nuevo inquilino. Al pagar la cuenta del restaurante, habían incluido cinco margaritas que no recordaba haber tomado. ¡Estas margaritas no las he tomado yo!, protesté. Cómo no, señor, pues de quién van a ser si no, me contestó con cara de resignación el capitán. Era un mestizo moreno, de cabeza grande y pelada y un gran bigote, de unos cincuenta años. Los clientes olvidaban pagar algunas de las famosas margaritas, por lo visto. ¡Pues no lo sé, pero no son mías!, volví a protestar. Me extrañó a mí mismo oírme gritar como el Barón. Déjeme nomás checar, siguió con calma el capitán, al tiempo que abría una carpeta que tenía en la mesa contra la pared y empezaba a revolver papeles. Me puso delante unas comandas y esperó a que checase yo mismo si eran las mías. ¡Ésta no es mi firma!, protesté. Pues de quién si no, mi estimado, siguió con su voz imperturbable el capitán. ¡Y yo qué sé!, contesté. Mire, señor, dijo

sin alzar la voz, lleno de una resignación antigua. Respiró profundo y añadió con mucha calma: Mire, señor, si quiere váyase sin pagar, pero no me hable golpeado, por favor. Yo había reconocido un garabato que podía ser mío. Ciérrame la cuenta de una vez, le pedí en un tono ofendido, simulando todavía no haber reconocido mi firma. Cuando nos metimos en el coche, Lara me dijo que lo que me había pasado era corriente. A partir de un momento, casi siempre al pararse y salir a la calle, el tequila hacía el efecto de un *blackout* y te olvidabas de todo. No volví a pisar el Montejo. En el temblor del 85 quedó hecho trizas. No se salvaron ni las cucarachas.

A las cuatro menos cuarto de la tarde paseábamos por una cerrada que desemboca en el Circuito Interior, a pocas cuadras del Viaducto. Es una calle de casas de dos pisos, construidas a mediados del siglo xx y rodeadas por un pequeño jardín. En la última casa vivía el fotógrafo Rogelio Caramuel, viejo amigo del barón de Beltenebros. Había que ser extremadamente puntual y Lara miraba sin cesar su reloj. A las cuatro en punto empujamos la cancela que daba acceso al jardín, subimos cuatro o cinco escalones y tocamos un timbre con los cables fuera. Caramuel nos esperaba detrás de la puerta, pues abrió de inmediato. Con alborozo y abrazos saludó y nos hizo pasar a una sala que quedaba a la derecha de un corto pasillo. Hubiese podido ser el recibidor de una pensión en una ciudad de provincias en la España de los años cincuenta. Un tresillo de cretona gastado y de color indefinido, con apoyabrazos de madera, un par de butacas vagamente a juego, una mesa de café atiborrada de periódicos atrasados, un mapa del metro de París con un marco blanco colgado en la pared, ligeramente torcido, y una nevera americana, vieja y enorme, era todo lo que contenía el salón de la casa. La cabeza de Caramuel

parecía tallada a cincel, como un bronce. Su piel era de color aceitunado, llena de arrugas profundas, marcadas como a cuchillo. Había pasado su infancia y juventud trabajando en el campo del Alto Aragón, luego dos años en las trincheras de la guerra civil. Como un torero, decía, mirando a la parca de frente. Más tarde fue el exilio en Argelia y en México. El ojo izquierdo lo llevaba tapado con un parche blanco, sostenido con una cinta también blanca alrededor de la cabeza. Nunca había explicado dónde había perdido ese ojo. Beltenebros sostenía que se había hecho fotógrafo porque para ejercer sólo necesitaba un ojo, que la fotografía es un arte tuerto. Llevaba afeitada la cabeza, grande y redonda. Su voz grave conservaba en algunas expresiones como el eco de un acento aragonés. Antes de sentarse abrió la nevera y se dispuso a preparar cuatro martinis muy secos. ¡Salud y República!, brindamos los cuatro. Lara volvió a llevarse la copa a los labios, yo apenas di un pequeño trago, ellos vaciaron las suyas. Así empezaban la tarde los dos amigos todos los jueves del año.

Caramuel decía que soñaba con morir como se muere en la guerra, de un día para otro. A lo que tenía miedo era a los hospitales. Como otros tienen miedo a los aviones más que a la muerte, nos dijo. Nada más llegar al exilio en México, se había hecho fotógrafo de prensa de la sección de sucesos, en la «nota roja». De su madre había heredado la fascinación por los crímenes y los cementerios. Le fascinaba especialmente el de su pueblo porque las sepulturas tenían casi siempre sus apellidos. Se especializó en fotografiar antes que nadie víctimas de homicidios y accidentes. En una ciudad como México nunca faltaban los muertos y había gran demanda de fotos en la prensa popular. Sostenía Caramuel que la muerte tarda en asentarse en los rostros. En los primeros minutos aún reflejan un aliento vital

que la cámara es capaz de captar, aunque no sea perceptible para el ojo humano. Luego se les escapa el alma, que no es inmortal, ni mucho menos, y los cuerpos se quedan muertos de verdad. Inmediatamente pierden la expresión y parece que están dormidos o son figuras de cera, como en los cuadros antiguos. Caramuel era el primero en llegar a la escena del crimen, antes de que la policía y los forenses lo enmarañasen todo con su presencia, cuando todavía mantenían los muertos el frescor de la sorpresa. Tanta llegó a ser la fama de sus instantáneas que se dijo que estaba al tanto de los crímenes que luego fotografiaba. Pura envidia. Sucedió que merodeaba siempre por los barrios populares y los testigos le llamaban a él antes que a nadie. Algunos deudos le pedían luego un retrato del finado, acomodado y bien trajeado en su ataúd para el velorio. Lo enmarcaban en la lápida de obra situada a la cabecera de la tumba. La más célebre de sus fotos era sin embargo una pierna de mujer en una mesa de operaciones. Era de la víctima de un accidente ferroviario que había llenado la morgue de cadáveres y habían dejado la pierna en un pasillo. Estaba iluminada por una lámpara cónica colgada del techo. La pierna blanca, sola y desnuda, de una mujer de buen cuerpo y mediana edad, era de una gran belleza. Caramuel la fotografió como si fuera el fragmento de una escultura griega, ocultando el hueso cortado y la sangre seca. Probablemente la propietaria caminaba ahora por la ciudad con una prótesis, sin saber que Caramuel, con un solo ojo, había convertido en obra de arte su pierna perdida.

La obsesión de Caramuel cuando yo lo conocí era la falta de agua en el valle de México. Habiendo nacido en el Alto Aragón, no me extrañó demasiado. Tenía visiones apocalípticas de muchedumbres que bajaban desde las faldas de los volcanes que rodean el DF blandiendo machetes para

asaltar las casas de los ricos que regaban sus jardines, cubiertos de césped como si habitaran en el condado de Kent. De la ira de los que malvivían en los ranchitos de los cerros no se iba a librar nadie, ni siquiera él, que no regaba. Los marcos de las ventanas los tenía cubiertos de macetas de cactáceas, algunas como naranjas y otras diminutas. Como casi todos los exiliados, Caramuel había soñado con volver a vivir en España. La visitó antes de morir Franco, pero no reconoció nada ni a nadie. Todo lo encontró ajeno y hostil. Con el barón de Beltenebros vivía en el mundo que entendía y le importaba: el de Valle-Inclán y Pérez Galdós, el de Pío Baroja y las greguerías de Ramón. De la literatura mexicana no sabía nada de nada, nunca le había interesado. Le quedaba, jubilado y viejo, nos dijo, sólo hacer lo que hacía: esperar a la parca con los brazos cruzados, para mirarla de frente.

El Barón fumaba un habano y Caramuel pitillo tras pitillo de Ducados. Se los traían de España. Eran su último vínculo con la patria. Voy a fumar el último pitillo esperando, con la cámara lista, por si puedo fotografiar a los pobres cuando bajen de los cerros. Será la gran traca final que mi paisano Goya quisiera haber pintado. Llevábamos cinco martinis cuando empezaron los cánticos de Caramuel y el Barón. Primero fueron «Los cuatro muleros», luego «El Ejército del Ebro». Cantaban a pleno pulmón, ahogados de fervor y emoción, a ratos con los ojos cerrados, imaginándose en una marcha por las llanuras pedregosas o en una trinchera bajo el fuego enemigo. Luego pasaban a las jotas aragonesas, donde alcanzaban el desmadre total. Cada copla era más obscena que la anterior. Lara sonreía, divertida con el espectáculo. Me tenía admirado que le hiciese gracia todo lo que el Barón decía y que sin duda llevaba escuchando desde que lo conocía. El amor consiste en eso,